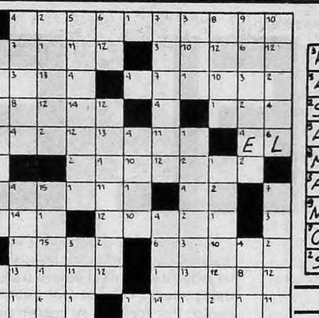
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES

P	E	T	A	L	O	■	E	S
A	M	A	N	E	C	E	R	A
S	E	Ñ	A	■	A	V	A	L
A	R	E	T	E	■	A	L	I
M	I	R	O	N	A	S	■	D
A	T	■	M	A	R	O	M	A
N	O	M	I	N	A	R	A	■
O	■	E	C	O	S	■	N	U
S	I	S	A	■	E	D	A	D


EL ENCUENTRO
Página/2/3



SIETE PISOS

(Por Marcelo Bitmajer) Sebastián Masure decidió afrontar la escalera. Había estado cavilando sobre la conveniencia de quedarse en el bar de al lado hasta que volviera la luz. Pero un arrebato viril le dio ganas de probarse el respiro. Siete pisos. Además, el bar quedaba justo en diagonal a la comisaría y la entrada y salida de celulares lo ponían nervioso.

Siete pisos a oscuras y resoplando como un minotauro. Era mucho más conmovedor que quedarse mirando la tarde junto a un pebete de jamón y queso, "¿o una ginebra?" —vaciló una vez más. "No. Subo" —se dijo. Esa decisión férrea fue el primer escalón.

Lo único que realmente le molestaba era la cima. Teresa. No podía soportar a Teresa sin luz. Entre la tele, los libros, la plena luz, el carácter depresivo de Teresa quedaba convertido en un temperamento suave. Pero iluminada por la llamita tonta de las velas la calavera del hastío se traslucía en la frente de Teresa, como el mensaje secreto en un papel al que se le echa limón.

De modo que Sebastián Masure apoyó el primer pie seguro de no querer quedarse en el bar y dudoso de querer arribar a la puerta del séptimo veintiocho.

El primer piso lo subió así, a contrafuerza. Con la doble energía necesaria para avanzar hacia lo que no se quiere. "Cansa" —pensó al segundo piso.

En el primero no había farolito. El portero consideró que la luz que llegaba de planta baja era suficiente. Cuando hizo el primero, Sebastián Masure pensó que la luz que llegaba a la cabeza del portero era insuficiente.

Pero ya estaba en el segundo. Con farolito. Una lámpara de vidrio con una vela adentro. Sebastián escudriñó el sofisticado aparato que iluminaba apenas lo más grueso de cuatro escalones y puteó para sí: "Ni en Nigeria".

Por la completa penumbra del tercero Sebastián adivinó que el complejo mecanismo del portero consistía en iluminar sólo los pisos pares. Se aferró ciego a la baranda y pensó en Pinocho dentro de la ballena. El farolito del cuarto lo alentó.

Pisaba el primer escalón del cuarto cuando el farolito se esfumó. Se apagó. Sebastián optó por hacerle un bien a la comunidad: alcanzar el farolito y encenderlo.

Llegó al ángulo donde debía hallarse el sustituto de Edison y palpó el sitio. No estaba. Por ahí estaba mal apoyado y cayó. Se hubiera oído el ruido. El sector ni siquiera estaba caliente. Tal vez el portero se había salteado el cuarto. Pero Sebastián había visto luz. ¿No sería la luz del quinto, que transgredía el sistema de iluminación de pisos pares? Se aproximó, no, en el quinto tampoco había luz. Retrocedió hasta donde debía estar el farolito del cuarto, se agachó para volver a buscarlo y metió la mano en el bolsillo del encendedor. Lo retiró y escuchó un ruido de plástico que caía. Se palpó el bolsillo: los documentos.



Pasando la mano como un trapo rastreó el portadocumentos. Su abuela siempre le decía: "No guardes dos cosas en el mismo bolsillo". Las manos no dieron con nada. Prendió el encendedor: baldosas oscuras.

Quizás había sacado el encendedor con demasiada fuerza y los documentos habían volado, por sobre la baranda, pisos abajo.

Cuando volviera la luz haría una recorrida concienzuda, saludando vecinos y sonriendo a los niños del edificio.

Resignado y sin faroles siguió camino al séptimo, a Teresa. Al menos el respiro iba bien.

Una mujer venía desde el sexto, se cruzaron, lo pechó. Más: sintió que lo manoteaba.

¡Señora! —le gritó (no sabía qué hacer para llamarla y ver qué quería). La señora se perdió en silencio, contestando con taconazos en los escalones descendentes.

"Habrá que ir al séptimo, nomás" —se sonrió Sebastián. Halagado por el incidente.

Llegó al séptimo con el respiro no tan bien.

Metió la llave en la cerradura equivocada. Sí. No entraba. Metió la trabex. Tampoco entraba. El departamento era ése, seguro. Entonces... se había equivocado de piso. Menos mal que no había nadie tras la puerta falsa.

¿Qué había hecho, un piso de más o de menos?

Había que probar. Como le había enseñado su abuela en los palitos chinos, comenzó por lo más fácil.

En el piso de abajo tampoco entraban las llaves y una segura gorda, gritó: ¡Quién es!

El respiro estaba peor. Y potencialmente peor, porque huyendo del grito de la gorda había bajado un piso.

"Má si" —se dijo—. "Me voy al bar y vuelvo con la luz. Aguantar, ya aguanté."

Bajo un piso más y se acordó que había perdido los documentos y el bar en diagonal a la comisaría.

Se asomó a la baranda y calculó cuántos pisos lo separaban de la calle.

Había dos faroles encendidos, pero por la distancia a la que estaban era difícil que Sebastián estuviera en el cuarto o quinto. Eran dos luces que se veían de lejos. Como ver desde el noveno una luz en el primero.

Empezó a vagar en la oscuridad.

EL ENCUE

La española Adelaida García Morales es más conocida gracias al cine que a la literatura. Su nouvelle *El sur* fue hecha película por Víctor Erice y se alzó con una mención en el Festival de Cannes. Más tarde, sin embargo, obtuvo por fin una módica fama con *El silencio de las sirenas*, que ganó el premio Anagrama de novela de 1986. Este cuento pertenece a su último libro, *Relatos del subsuelo*.

De vez en cuando, forzado por el paso descontrolado del tiempo por mi vida, trato de detenerme con el fin de evaluar, clasificar, o simplemente recordar, mis actividades de la última semana. Pero un turbulento marasmo, constituido por retazos de lo vivido, entremezclados y confusos, aislados unos de otros, se adueña de mi memoria. Siempre recuerdo, más o menos, lo mismo: voy de aquí para allá, me dejo caer por el bar de la esquina, por el café de Milagros o por la cervecería de la plaza. A veces busco encuentros fortuitos por el barrio, forzando tontamente el azar, o bien me otorgo el derecho de introducirme en conversaciones ajenas. Si algo no puedo soportar es el silencio. No estoy capacitado para resistir un día entero sin hablar, sin decir cualquier cosa, lo que sea. Aunque no me importa reconocer que carezco de empatía y que tampoco soy de esos hombres que poseen una vocación definida. A pesar de las apariencias, detesto a los charlatanes y, de ningún modo, he decidido esta dispersión callejera a la que ya me he obstinado. Lo que sucede es que para la otra alternativa, la de permanecer en mi estrecha vivienda así, sin más, sin un televisor siquiera, sin ocupaciones y obligado a un mutismo absoluto, no me veo con aptitudes. Y menos aún ahora que acabo de renunciar a la comida diaria que me ofrecía mi hermana entre consejos y reprobaciones. Me había convertido en el blanco de todas las iras familiares. Incluso mis sobrinos más pequeños habían aprendido, imitando a sus padres, a juzgarme con parcialidad por cualquier menudencia. No pienso volver a visitarles. Que se peguen entre ellos. He cumplido los treinta años y, dados los tiempos en que vivimos, se me puede considerar todavía un joven parado. Aunque mi cuñado, azuzado por la hostilidad que me profesa, asegura que mi desocupación nada tiene que ver con el paro actual. Afirma que lo mío es de otra índole, que son motivos muy diferentes a los comunes los que me mantienen alejado del trabajo. Yo diría que, por la animadversión con que me habla y por la delectación con que me insulta, cree haber descubierto móviles delictivos en mi infortunio. Hace apenas dos días nos enzarzamos en una enconada discusión, a raíz de mi inasistencia a una cita que él mismo había concertado. Me negué a acudir sólo por dignidad. Estaba convencido de que aquel supuesto conocido suyo, del que lo único que sabía era que se apellidaba Núñez, tampoco dispondría de un empleo par mí en su agencia. Ya a las últimas entrevistas que me había impuesto, me presenté desesperanzado, sin cambiar mi atuendo de costumbre, vestido al desaire, sin preocuparme por lucir la indumentaria correcta. Finalmente, aunque guardé la tarjeta de visita, por si acaso, tuve el coraje de responderle verbalmente a sus ofensas y de despedirme jurando que, en lo sucesivo, sería para ellos sólo un muerto.

Aquella misma noche, gracias a las vicisitudes de la suerte, conecté con un viejo enjuto y barbicano, merodeador de papeleras públicas, basuras y otros desechos. Casi tropiezo con él. Su deslucida figura se irguió de pronto ante mí, como surgiendo de entre grandes cubos repletos de desperdicios. El movimiento de sus dedos, casi vertiginoso, me retuvo a su lado, admirándole durante varios minutos. Estoy seguro de que en aquellos momentos no le incomodó mi curiosidad. Incluso me atrevería a afirmar que le complacía el disponer de un espectador ante el que exhibir la destreza de malabarista con que hizo volar el contenido íntegro de un cajón de madera. Pensé que el virtuosismo de aquellos dedos, tan extraño a la torpeza general del resto de su cuerpo, no podía ser sino el resultado de un prolongado y pertinaz entrenamiento. "¡Nada, no hay nada!", protestó mientras, con un ademán rutinario de mendicidad, me tendía la mano hasta casi rozarme. Le di las buenas noches con agrado y permanecí inmóvil junto a él, como si acabara de llegar a una cita. El viejo murmuró



algo a guisa de saludo y se arregló el nudo de la corbata que, a falta de cinturón, le sujetaba los pantalones. Debido a que no era un trasnochador y al quebrantamiento de mi ánimo por la ruptura familiar, pese a la independencia que ésta suponía, volví a desearle buenas noches, ahora con el fin de despedirme y continuar el camino hacia mi casa. "¡Espera, no te vayas! ¡Quédate conmigo hasta que se apaguen las luces de las calles, hasta que se haga de día!" Al escuchar su voz suplicante pensé que era un loco y, aun así, me detuve. No me sentía capaz de salir corriendo sin responderle, sin mirarle siquiera, y menos aún de pasar la noche vagando a su lado por el asfalto. Enseguida intuí que no me resultaría fácil torcer su voluntad. Así que, abocado sin remedio a postergar la despedida, le invité a que me acompañara en mi recorrido. Su abrumador agradecimiento me forzó a precisar con descortesía que sólo andaríamos juntos hasta mi puerta. ¿Qué necesidad tenía yo de agobiarme creando compromisos en un encuentro tan insignificante? Pero, observando su lánguida figura, frente a mí, encogiéndose resignada en el interior de su chaqueta, estuve tentado a prolongar el paseo pues nos hallábamos a pocos pasos de mi domicilio. No obstante, supe contenerme.

Emprendimos así una silenciosa marcha que a él debió parecerle un perfecto fraude, ya que, al detenerme para introducir la llave en la cerradura, sin esperar mi consentimiento, a modo de represalia, me comunicó que subiría conmigo. "¡Nada de eso!", le dije con visible fastidio. Y, en seguida, mecánicamente, para suavizar mi negativa, añadí que no había ascensor y que, además, vivía en el ático. "¡Mejor!", exclamó el viejo, aclarando sin tardanza que despreciaba todos los aparatos eléctricos en general, pero que a los ascensores precisamente no los soportaba. Jamás se había dejado elevar por ninguno de ellos. No me importaba demasiado mostrarme grosero con él, o mezquino, o incluso duro, pero tampoco su presencia me repelía hasta el punto de dejarme enredar en un forcejeo que, tal vez, se prolongara durante toda la madrugada. Por otra parte, no encontré, en aquellos momentos, ninguna razón contundente que me impulsara a emplear la violencia con un pobre viejo estólido. Y, ante todo, no se puede olvidar que era la primera vez en mi vida que alguien se empeñaba con testarudez en conseguir mi compañía. Claro que tal extravagancia, más que complacido, me dejó desconcertado e indefenso ante aquel vagabundo que me observaba ansioso, casi con temor, como si esperase de mí algo parecido a una sentencia.

Emprendimos el ascenso a un ritmo normal hasta que, a mitad de la escalera, se detuvo jadeante. Ya en el último tramo tuve que transportarle, colgado por completo de mi cuello. Por fortuna, su cuerpo parecía consistir sólo en un esqueleto o armazón de alambre, cubierto directamente por la ropa. Atravesamos la azotea, sin prisa, hasta alcanzar mi propiedad: un estrecho rectángulo situado en una de las esquinas. Al entrar en la salita, el viejo se reanimó de golpe. Y como si hubiera sido impulsado por un resorte oculto, se entregó sin perder un instante a lo que sin lugar a dudas parecía ser la razón misma de su existencia. Todas sus facultades se pusieron, de inmediato, al servicio de sus dedos. Escrutó, palpó y tiró cuanto alcanzaron sus ojos. Nada podía satisfacerle. Y, como en cumplimiento de una misión fatídica, hizo volar un cenicero vacío, una bufanda, un peine mellado, unos calcetines, un frasquito de colirio, una caja de zapatos, recibos, periódicos y otros objetos abandonados sobre la gran mesa que ocupa, con exactitud geométrica, la mitad de la habitación. Después, pasó al otro lado, encaramándose con un pie en la butaca y el otro en el velador del rincón. En esa postura tenía acceso a una estantería, cuyo contenido: unos pocos libros y un plato de cerámica rudimentaria, tampoco logró interesarle. Bajó contrariado, murmurando algo y cayendo directamente en el cuarto contiguo: mi dormitorio. Su afán desenfrenado de búsqueda, su vertiginoso registro, no se detuvo ante mis pertenencias más íntimas. No respetaba nada, incluso llegó a levantar el colchón de mi cama. Una vez hubo convertido mi hogar en una gigantesca papelera, se echó al suelo con el propósito de levantar las baldosas más inestables. Entonces creí adivinar sus verdaderos móviles en medio de tanto teatro. No es ningún inocente, me dije, busca dinero. Y, saliendo al fin de mi estupor, le increpé: "¡Menudo sinvergüenza está usted hecho, amigo!" "¡Nada, no hay nada!", protestaba él por su cuenta, invulnerable a mis insultos. Le llamé ratero varias veces y, abriendo la puerta con autoridad, le ordené salir inmediatamente, mientras le señalaba la oscura intemperie de la azotea. Incluso le amenacé con denunciarle a la policía si no abandonaba mi vivienda. Me aclaró entonces, con una vehemencia desproporcionada, que ante todo deseaba evitar que le confundieran con un ladrón. Por eso, rara vez buscaba entre los objetos en venta de las tiendas o de los puestos de mercadillos. Temía, por encima de



EL ENCUENTRO

La española Adelaida García Morales es más conocida gracias al cine que a la literatura. Su nouvelle *El sur* fue hecha película por Víctor Erice y se alzó con una mención en el Festival de Cannes. Más tarde, sin embargo, obtuvo por fin una módica fama con *El silencio de las sirenas*, que ganó el premio Anagrama de novela de 1986. Este cuento pertenece a su último libro, *Relatos del subsuelo*.

De vez en cuando, forzado por el paso descontrolado del tiempo por mi vida, trato de detenerme con el fin de evaluar, clasificar, o simplemente recordar, mis actividades de la última semana. Pero un turbulento marasmo, constituido por retazos de lo vivido, entremezclados y confusos, aislados unos de otros, se adueña de mi memoria. Siempre recuerdo, más o menos, lo mismo: voy de aquí para allá, me dejo caer por el bar de la esquina, por el café de Milagros o por la cervecería de la plaza. A veces busco encuentros fortuitos por el barrio, forzando tontamente el azar, o bien me otorgo el derecho de introducirme en conversaciones ajenas. Si algo no puedo soportar es el silencio. No estoy capacitado para resistir un día entero sin hablar, sin decir cualquier cosa, lo que sea. Aunque no me importa reconocer que carezco de empatía y que tampoco soy de esos hombres que poseen una vocación definida. A pesar de las apariencias, detesto a los charlatanes y, de ningún modo, he decidido esta dispersión callejera a la que ya me he obstinado. Lo que sucede es que para la otra alternativa, la de permanecer en mi estrecha vivienda así, sin más, sin un televisor siquiera, sin ocupaciones y obligado a un mutismo absoluto, no me veo con aptitudes. Y menos aún ahora que acabo de renunciar a la comida diaria que me ofrecía mi hermana entre consejos y reprobaciones. Me había convertido en el blanco de todas las iras familiares. Incluso mis sobrinos más pequeños habían aprendido, imitando a sus padres, a juzgarme con parcialidad por cualquier menudencia. No pienso volver a visitarles. Que se peguen entre ellos. He cumplido los treinta años y, dados los tiempos en que vivimos, se me puede considerar todavía un joven parado. Aunque mi cuñado, azuzado por la hostilidad que me profesa, asegura que mi desocupación nada tiene que ver con el paro actual. Afirma que lo mío es de otra índole, que son motivos muy diferentes a los comunes los que me mantienen alejado del trabajo. Yo diría que, por la animadversión con que me habla y por la delectación con que me insulta, cree haber descubierto móviles delictivos en mi infortunio. Hace apenas dos días nos enzarzamos en una enconada discusión, a raíz de mi insistencia a una cita que él mismo había concertado. Me negué a acudir sólo por dignidad. Estaba convencido de que aquel supuesto conocido suyo, del que lo único que sabía era que se apellidaba Núñez, tampoco dispondría de un empleo par mí en su agencia. Ya a las últimas entrevistas que me había impuesto, me presenté desesperanzado, sin cambiar mi atuendo de costumbre, vestido al desaire, sin preocuparme por lucir la indumentaria correcta. Finalmente, aunque guardé la tarjeta de visita, por si acaso, tuve el coraje de responderle verbalmente a sus ofensas y de despedirme jurando que, en lo sucesivo, sería para ellos sólo un muerto.

Aquella misma noche, gracias a las vicisitudes de la suerte, conecté con un viejo enjuto y barbicano, merodeador de papeleras públicas, basuras y otros desechos. Casi tropiezo con él. Su deslucida figura se irguió de pronto ante mí, como surgiendo de entre grandes cubos repletos de desperdicios. El movimiento de sus dedos, casi vertiginoso, me retuvo a su lado, admirándole durante varios minutos. Estoy seguro de que en aquellos momentos no le incomodó mi curiosidad. Incluso me atrevería a afirmar que le complacía el disponer de un espectador ante el que exhibir la destreza de malabarista con que hizo volar el contenido íntegro de un cajón de madera. Pensé que el virtuosismo de aquellos dedos, tan extraño a la torpeza general del resto de su cuerpo, no podía ser sino el resultado de un prolongado y pertinaz entrenamiento. "¡Nada, no hay nada!", protestó mientras, con un ademán rutinario de mendicidad, me tendía la mano hasta casi rozarme. Le di las buenas noches con agrado y permanecí inmóvil junto a él, como si acabara de llegar a una cita. El viejo murmuró algo a guisa de saludo y se arregló el nudo de la corbata que, a falta de cinturón, le sujetaba los pantalones. Debido a que no era un trasnochador y al quebrantamiento de mi ánimo por la ruptura familiar, pese a la independencia que ésta suponía, volví a desearle buenas noches, ahora con el fin de despedirme y continuar el camino hacia mi casa. "¡Espera, no te vayas! ¡Quédate conmigo hasta que se apaguen las luces de las calles, hasta que se haga de día!" Al escuchar su voz suplicante pensé que era un loco y, aun así, me detuve. No me sentía capaz de salir corriendo sin responderle, sin mirarle siquiera, y menos aún de pasar la noche vagando a su lado por el asfalto. Enseguida intuí que no me resultaría fácil torcer su voluntad. Así que, abocado sin remedio a postergar la despedida, le invité a que me acompañara en mi recorrido. Su abrumador agradecimiento me forzó a precisar con descortesía que sólo andaríamos juntos hasta mi puerta. ¿Qué necesidad tenía yo de agobiarme creando compromisos en un encuentro tan insignificante? Pero, observando su lánguida figura, frente a mí, encogiéndose resignada en el interior de su chaqueta, estuve tentado a prolongar el paseo pues nos hallábamos a pocos pasos de mi domicilio. No obstante, supe contenerme.

Emprendimos así una silenciosa marcha que a él debió parecerle un perfecto fraude, ya que, al detenerme para introducir la llave en la cerradura, sin esperar mi consentimiento, a modo de represalia, me comunicó que subiría conmigo. "¡Nada de eso!", le dije con visible fastidio. Y, en seguida, mecánicamente, para suavizar mi negativa, añadí que no había ascensor y que, además, vivía en el ático. "¡Mejor!", exclamó el viejo, aclarando sin tardanza que despreciaba todos los aparatos eléctricos en general, pero que a los ascensores precisamente no los soportaba. Jamás se había dejado elevar por ninguno de ellos. No me importaba demasiado mostrarme grosero con él, o mezquino, o incluso duro, pero tampoco su presencia me repelía hasta el punto de dejarme enredar en un forcejeo que, tal vez, se prolongara durante toda la madrugada. Por otra parte, no encontré, en aquellos momentos, ninguna razón contundente que me impulsara a emplear la violencia con un pobre viejo estólido. Y, ante todo, no se puede olvida: que era la primera vez en mi vida que alguien se empeñaba con testarudez en conseguir mi compañía. Claro que tal extravagancia, más que complacido, me dejó desconcertado e indefenso ante aquel vagabundo que me observaba ansioso, casi con temor, como si esperase de mí algo parecido a una sentencia.

Emprendimos el ascenso a un ritmo normal hasta que, a mitad de la escalera, se detuvo jadeante. Ya en el último tramo tuve que transportarle, colgado por completo de mi cuello. Por fortuna, su cuerpo parecía consistir sólo en un esqueleto o armazón de alambre, cubierto directamente por la ropa. Atravesamos la azotea, sin prisa, hasta alcanzar mi propiedad: un estrecho rectángulo situado en una de las esquinas. Al entrar en la salita, el viejo se reanimó de golpe. Y como si hubiera sido impulsado por un resorte oculto, se entregó sin perder un instante a lo que sin lugar a dudas parecía ser la razón misma de su existencia. Todas sus facultades se pusieron, de inmediato, al servicio de sus dedos. Escrutó, palpó y tiró cuanto alcanzaron sus ojos. Nada podía satisfacerle. Y, como en cumplimiento de una misión fatídica, hizo volar un cenicero vacío, una bufanda, un peine mellado, unos calcetines, un frasquito de colirio, una caja de zapatos, recibos, periódicos y otros objetos abandonados sobre la gran mesa que ocupa, con exactitud geométrica, la mitad de la habitación. Después, pasó al otro lado, encaramándose con un pie en la butaca y el otro en el velador del rincón. En esa postura tenía acceso a una estantería, cuyo contenido: unos pocos libros y un plato de cerámica rudimentaria, tampoco logró interesarle. Bajó contrariado, murmurando algo y cayendo directamente en el cuarto contiguo: mi dormitorio. Su afán desenfrenado de búsqueda, su vertiginoso registro, no se detuvo ante mis pertenencias más íntimas. No respetaba nada, incluso llegó a levantar el colchón de mi cama. Una vez hubo convertido mi hogar en una gigantesca papelera, se echó al suelo con el propósito de levantar las baldosas más inestables. Entonces creí adivinar sus verdaderos móviles en medio de tanto teatro. No es ningún inocente, me dije, busca dinero. Y, saliendo al fin de mi estupor, le increpé: "¡Menudo sinvergüenza está usted hecho, amigo!" "¡Nada, no hay nada!", protestaba él por su cuenta, invulnerable a mis insultos. Le llamé ratero varias veces y, abriendo la puerta con autoridad, le ordené salir inmediatamente, mientras le señalaba la oscura intemperie de la azotea. Incluso le amenacé con denunciarle a la policía si no abandonaba mi vivienda. Me aclaró entonces, con una vehemencia desproporcionada, que ante todo deseaba evitar que le confundieran con un ladrón. Por eso, rara vez buscaba entre los objetos en venta de las tiendas o de los puestos de mercadillos. Temía, por encima de cualquier otra desventura, que le recluyeran de nuevo en lo que llamó un presidio infantil. Sus palabras me confundieron, me desconcertaron, incluso lograron que me avergonzara de mi crueldad. "Entonces ¿qué anda usted buscando?", le pregunté. Pero ya no me respondió. Sentándose en la butaca de la salita, me miró con fijeza, igual que si tuviera ante sí un ilimitado vacío. Por primera vez tuve ocasión de observarle con detenimiento. La huella de una antigua ferocidad permanecía en sus facciones. Bajo sus pobladas cejas, una mirada rota, desvanecida tras una película blanquecina, prestaba a su rostro el gesto perdido de un ciego. Ni siquiera me veía. Cerró los ojos e, inmediatamente, sin ningún proceso previo, sin que pasara el tiempo, comencé a escuchar los estertores de su respiración. Y digo "estertores" porque más que a un sosegado reposo, su sueño se asemejaba a una agitada agonía. Pensé que estaría enfermo, muy enfermo.

A la mañana siguiente, al despertarme, ya tenía el firme propósito de arrojar de mi vida a aquel individuo sin sentido, imagen viva de la mala fortuna que me acechaba. Era la encarnación misma de un mal presentimiento. Le zarandeé sin cuidado y le fui despabilando por el camino, mientras cruzaba la azotea, cargando a medias con él sobre mis hombros. En cuanto pisamos la acera, le tendí la mano en señal de despedida. Pero él me negó la suya. Se había agarrado al borde de mi chaqueta para formular lo que muy bien podría ser una invitación. Al punto supe que comía casi a diario en una institución de caridad. Pretendía que yo le acompañara con el fin de que aprendiera el camino y así poder beneficiarme, en el futuro, de su misma fuente de alimentación. Ni me sorprendió, ni me molestó que me hubiera tomado por un igual. Nada tenía de extraño. Con el tiempo y las contrariedades, me he vuelto perezoso, abúlico, descuidando hasta límites inadmisibles mi aspecto externo. Quién sabe la apariencia que puedo yo ofrecer ahora a alguien que carezca de la mirada indulgente con que, en virtud de tantos años de convivencia, me aceptan los vecinos de mi barrio. Pese a la insistencia del viejo infortunado, rechacé su propuesta con desdén, desabrido, tal vez por temor a ir cayendo, poco a poco, solapadamente, en su misma forma de desamparo si frecuentaba lugares de mendicidad. Así pues, me despedí de él alegando que tenía un compromiso. Debía acudir a una entrevista importante, una cuestión de trabajo. Saqué de mi bolsillo la tarjeta de visita que había recibido de mi cuñado y se la enseñé. No pretendía que la leyera, ni tampoco que la mirase. Me bastaba con nombrarla, con exhibirla como prueba incuestionable de nuestras diferencias, como señal inequívoca de que yo no era de los suyos. Y, para convencerme de que aquella desvalida criatura no era precisamente mi espejo, me alejé con la intención de ignorarle en lo sucesivo.

Nos hallábamos en una de esas calles céntricas y angostas, en las que la irrupción del tiempo moderno se manifiesta reduciendo a mero estorbo todo cuanto albergan. Allí mismo, en una esquina cualquiera, en medio de un agitado trasiego, se detuvo el viejo, aceptando mi desprecio con naturalidad. Adosado a la fachada porosa, adherido a ella como si la sucia superficie penetrara su cuerpo traslúcido, extendió su mano mendicante, armonizando con cuanto le rodeaba, igual que una mancha de humedad o un desconchado en un edificio en ruina.

Minutos más tarde, entré en la Agencia que dirigía el Sr. Núñez siguiendo las indicaciones que colgaban en la puerta: "Entre sin llamar". Asimismo logré introducirme, con la tarjeta de visita en la mano, en su propio despacho sin que nadie tratara de impedírmelo. El director, a pesar de su atuendo juvenil, era un hombre maduro y castigado. Primero me miró con sobresalto. Después, al escuchar mis lacónicas palabras de identificación, dijo impertinente: "¡Ah, eres tú!". Contuve a tiempo la tentación de excusarme. Pues ¿qué le iba a decir, lo siento pero soy yo? ¡De ningún modo! Arrastrando su injusta incomodidad ante mi presencia, le informé sobre el motivo de mi visita. "¿Qué sabes hacer?", me preguntó expeditivo. "Si se trata de menudencias... tareas simples... no sé... cualquier cosa". Percibí al punto que mi respuesta no le satisfizo y, además, que conmigo sólo deseaba ahorrar: tiempo, palabras, saludos, sonrisas, amabilidad e incluso ademanes, pues me observaba mirándome de lado, a hurtadillas, en una postura rígida y manifiestamente incómoda, negándome la mínima deferencia de girar para hablarme abiertamente de frente.

"¿Sabes taquigrafía?". Por el tono de su voz, más que una pregunta, sus palabras me parecieron una adivinanza. "Pues... no la considero demasiado difícil", respondí yo, dispuesto a no dejarme humillar. "Pero ¿sabes o no sabes?". Ante su insistencia articulé un movimiento de hombros y cabeza, un gesto incalificable, que logró acrecentar su desprecio. "¿Hablas inglés?". "Si me empeño...". "¿Qué quieres decir?" "Pues que si me lo propusiera..." "En fin —protestó— ahora no hay nada, pero se te hará una ficha". Llamó entonces a uno de sus empleados y, sin la menor dilación, se abrió la puerta para dejar paso, no a la persona solicitada, sino a la desvencijada figura del viejo callejero. Había entrado inocentemente, avanzando hasta el centro de la habitación. Allí se detuvo y me dedicó una inoportuna risita de júbilo, como si pretendiera congratularse con mi fracaso. Ante un individuo así, impertinente, osado, fuera de cualquier regla de juego, nada más lógico que una reacción brusca y despectiva. Mientras el director, indignado, trataba de expulsarle, yo me mantenía a distancia, indiferente, disimulando nuestro reciente trato. Ni siquiera intervine cuando le agarró con violencia por un brazo, lastimándole, para conducirle hasta la salida. Tampoco me sumé, como hubiera sido lo natural, a los comentarios del oficinista en cuyas manos me dejó el Sr. Núñez. Sin llegar a darme más pistas sobre el posible trabajo, sin dejarme entrever ni la menor esperanza de conseguirlo, sin despedirse siquiera, me abandonó precipitadamente, dispuesto a recuperar el tiempo perdido entre mi visita y la del intruso. No es difícil comprender que, viéndome en el trance de rellenar una ficha en esas condiciones y convencido de su ineficacia para justipreciar mis capacidades, cayera en un hondo abatimiento.

De nuevo en la calle, no me extrañó descubrir al viejo esperándome con una inexplicable sonrisa de satisfacción, casi de regocijo. No le reprendí, ni le exigí que justificara su comportamiento. No le dije nada. Me abandoné a la deriva, conducido por él, ignorando que ahora había tomado un rumbo fijo. Supe que nos hallábamos en su territorio cuando, al entrar en un bar, siguiendo siempre su iniciativa, un camarero le saludó, llamándole por su nombre: Simón. Y, no obstante haberle advertido sobre mi imposibilidad de pagar, pidió con entusiasmo una botella de buen vino y dos vasos. Inmediatamente, antes incluso de empezar a beber, quiso abonar el importe. De un bolsillo de su chaqueta extrajo una cartera de piel desgastada y, ante mi estupor, la hizo bailar entre sus dedos hasta dejarla abierta en mis manos. Contenía una considerable cantidad de dinero. Se la devolví enseguida, desconcertado, incapaz de admitir que mi compañero, por llamarle de alguna manera, había sido el artífice, él solo, de tan importante hurto. Y, mientras barajaba con su habilidad de malabar, el resto del botín: unos pocos papeles y algunos documentos, se me apareció fugazmente el rostro severo del Sr. Núñez, enmarcado en una pequeña fotografía. De golpe, aunque por breves instantes, me alarmé. Si éste no disponía de otras referencias sobre mi persona que las que hubiera podido recibir de mi cuñado, estaba perdido. Por fuerza haría recaer sobre mí toda la culpabilidad. Claro que este mal presagio se desvaneció muy pronto. Pues ¿acaso no resultaba a todas luces evidente que el sospechoso era el otro, el viejo pordiosero que había logrado colarse en su oficina con tanta desfachatez? Una vez tranquilizado, le di unas palmadas en la espalda a guisa de reconocimiento y ¿por qué no decirlo? también de admiración. No se puede negar que, dadas las circunstancias en que se produjo y conociendo, por otra parte, sus temores, semejante intrepidez exigía un talante heroico. Y así, aquella vida en ruina que, hasta entonces, me había sugerido su miserable figura, de súbito se me apareció transfigurada, como un paisaje desconocido, inquietante, incluso amenazador. Sin embargo cuando, algo más tarde, le oí murmurar de nuevo: "¡Nada, no hay nada!", mientras hurgaba en la cesta de una vendedora de tabaco, le zarandeé impaciente y le hablé como a un loco: "¡Dígame que está buscando, hombre, yo puedo ayudarle!". Nos hallábamos en un pasadizo subterráneo, un paso de peatones que conducía, además, a las taquillas de metro. Le había seguido hasta allí sólo por inercia, porque no pensaba asistir más a la comida en casa de mi hermana, porque no tenía, en aquellos instantes, un punto de atractivo al que dirigirme. No sé por qué, me sentía con derecho a sonsacarle. Pero en aquel trance no se mostraba receptivo a ninguna pregunta. Tal vez ni siquiera me había escuchado. Y tampoco parecía dispuesto a desvelar a nadie el secreto de su extravagancia.

Finalmente, la vendedora, que por su tolerancia podría ser una antigua conocida, perdió la paciencia: "¡Bueno, ya está bien!". "¡Mirá cómo me están poniendo todo!". Simón soltó malhumorado una caja de cerillas y nos dio la espalda. Ignorándonos a ambos, cruzó la multitud de peatones con dificultades, abriéndose paso en dirección perpendicular a la de ellos. Le observó mientras se alejaba, flotando entre los transeúntes, como una forma sólo ligeramente humana, como un simulacro de hombre, como si su búsqueda imposible, entre desechos y objetos insignificantes, no fuera más que un puro desmoronamiento convertido en acción, una manera activa de disparatar. "¡Otro!", exclamó la vendedora de tabaco mirándome a mí, no con desprecio sino con un deje de lástima y de conmiseración tal que me hizo sentir frío. Su "otro" me reflejaba, como un espejo resquebrajado, una imagen mía descompuesta e irreconocible, pero tremendamente familiar a un tiempo. "Una cosa que le dé la suerte. Eso es lo que busca", me aclaró la vendedora arrugando la nariz en una mueca de desprecio, molesta conmigo, como si pensara que yo le había obligado a decir una tontería. Tenía el pelo canoso y rizado en una permanente pasada de moda. Mientras se arreglaba el peinado, ajustándose bien las horquillas, me dijo en son de burla que también yo podría encontrar la cosa, si, la cosa que me daría suerte y cambiaría mi vida. Sólo tenía que estar atento, hurgar en todas partes, incluso en los lugares más insólitos, incluso en los más repugnantes. Hablaba con tal desprecio que, de haberla escuchado en otras circunstancias, me habría pronunciado en defensa del viejo, habría improvisado algún gesto de solidaridad con él. Pero en aquel preciso instante sus palabras sólo me inspiraron un pesado aburrimiento. Alcé mi voz bruscamente, por encima de la suya, decidido a hacerla callar. No me faltaba más que enredarme en una conversación tan insensata. En aquel momento pude haberme marchado, salir al exterior y reintegrarme al ritmo natural de mis días. Pero no lo hice. Me dispuse a buscar a Simón con el propósito de despedirme una vez más. No tardé mucho en encontrarle. Se había acomodado en el suelo, junto a un hombre pulcro y maduro que informaba de su miseria por escrito, con letras mayúsculas, en un cartón que le colgaba del cuello. Me detuve a su lado, mirándole desde arriba y separado de él por una línea imaginaria pero perfectamente definida. Allí estaba el viejo, entonando una canción inclasificable, una suerte de quejido, tal vez un torpe simulacro de saeta. Había extendido ante sí una cartulina con varias estampas pegadas. Todas eran de la virgen de Triana. Rocé con mi pie, suavemente, el bolsillo de su chaqueta, abultado por la cartera recién adquirida. "¿No te basta con esa suerte?", le pregunté tuteándolo, sin pensarlo, por vez primera. "Eso es otra cosa", me respondió distraído, con indiferencia. Entonces me dejé deslizar por la pared, poco a poco, hacia abajo, doblando las rodillas hasta caer a su lado, en aquel suelo de asfalto, inaccesible para mí sólo unos segundos antes. Fue como si hubiera resbalado en el límite mismo de lo que siempre había considerado la normalidad. Y sentí que el mundo entero se desplomaba allá arriba, desvaneciéndose en mi cabeza, dentro de ella. Durante breves minutos, fugaces e irrepetibles, me entregué a un descanso impensable. Una moneda vino rodando hasta mis rodillas. Nadie la reclamó.



...NTRO

cualquier otra desventura, que le recluyeran de nuevo en lo que llamó un presidio infantil. Sus palabras me confundieron, me desconcertaron, incluso lograron que me avergonzara de mi crueldad. "Entonces ¿qué anda usted buscando?", le pregunté. Pero ya no me respondió. Sentándose en la butaca de la salita, me miró con fijeza, igual que si tuviera ante sí un ilimitado vacío. Por primera vez tuve ocasión de observarle con detenimiento. La huella de una antigua ferocidad permanecía en sus facciones. Bajo sus pobladas cejas, una mirada rota, desvanecida tras una película blanquecina, prestaba a su rostro el gesto perdido de un ciego. Ni siquiera me veía. Cerró los ojos e, inmediatamente, sin ningún proceso previo, sin que pasara el tiempo, comencé a escuchar los estertores de su respiración. Y digo "estertores" porque más que a un sosegado reposo, su sueño se asemejaba a una agitada agonía. Pensé que estaría enfermo, muy enfermo.

A la mañana siguiente, al despertarme, ya tenía el firme propósito de arrojar de mi vida a aquel individuo sin sentido, imagen viva de la mala fortuna que me acechaba. Era la encarnación misma de un mal presentimiento. Le zarandeé sin cuidado y le fui despabilando por el camino, mientras cruzaba la azotea, cargando a medias con él sobre mis hombros. En cuanto pisamos la acera, le tendí la mano en señal de despedida. Pero él me negó la suya. Se había agarrado al borde de mi chaqueta para formular lo que muy bien podría ser una invitación. Al punto supe que comía casi a diario en una institución de caridad. Pretendía que yo le acompañara con el fin de que aprendiera el camino y así poder beneficiarme, en el futuro, de su misma fuente de alimentación. Ni me sorprendió, ni me molestó que me hubiera tomado por un igual. Nada tenía de extraño. Con el tiempo y las contrariedades, me he vuelto perezoso, abúlico, descuidando hasta límites inadmisibles mi aspecto externo. Quién sabe la apariencia que puedo yo ofrecer ahora a alguien que carezca de la mirada indulgente con que, en virtud de tantos años de convivencia, me aceptan los vecinos de mi barrio. Pese a la insistencia del viejo infortunado, rechacé su propuesta con desdén, desabrido, tal vez por temor a ir cayendo, poco a poco, solapadamente, en su misma forma de desamparo si frecuentaba lugares de mendicidad. Así pues, me despedí de él alegando que tenía un compromiso. Debía acudir a una entrevista importante, una cuestión de trabajo. Saqué de mi bolsillo la tarjeta de visita que había recibido de mi cuñado y se la enseñé. No pretendía que la leyera, ni tampoco que la mirase. Me bastaba con nombrarla, con exhibirla como prueba incuestionable de nuestras diferencias, como señal inequívoca de que yo no era de los suyos. Y, para convencerme de que aquella desvalida criatura no era precisamente mi espejo, me alejé con la intención de ignorarle en lo sucesivo.

Nos hallábamos en una de esas calles céntricas y angostas, en las que la irrupción del tiempo moderno se manifiesta reduciendo a mero estorbo todo cuanto albergan. Allí mismo, en una esquina cualquiera, en medio de un agitado trasiego, se detuvo el viejo, aceptando mi desprecio con naturalidad. Adosado a la fachada porosa, adherido a ella como si la sucia superficie penetrara su cuerpo traslúcido, extendió su mano mendicante, armonizando con cuanto le rodeaba, igual que una mancha de humedad o un desconchado en un edificio en ruina.

Minutos más tarde, entré en la Agencia que dirigía el Sr. Núñez siguiendo las indicaciones que colgaban en la puerta: "Entre sin llamar". Asimismo logré introducirme, con la tarjeta de visita en la mano, en su propio despacho sin que nadie tratara de impedírmelo. El director, a pesar de su atuendo juvenil, era un hombre maduro y castigado. Primero me miró con sobresalto. Después, al escuchar mis lacónicas palabras de identificación, dijo impertinente: "¡Ah, eres tú!". Contuve a tiempo la tentación de excusarme. Pues ¿qué le iba a decir, lo siento pero soy yo? ¡De ningún modo! Arrastrando su injusta incomodidad ante mi presencia, le informé sobre el motivo de mi visita. "¿Qué sabes hacer?", me preguntó expeditivo. "Si se trata de menudencias... tareas simples... no sé... cualquier cosa". Percibí al punto que mi respuesta no le satisfizo y, además, que conmigo sólo deseaba ahorrar: tiempo, palabras, saludos, sonrisas, amabilidad e incluso ademanes, pues me observaba mirándome de lado, a hurtadillas, en una postura rígida y manifiestamente incómoda, negándome la mínima deferencia de girar para hablarme abiertamente de frente.

"¿Sabes taquigrafía?". Por el tono de su voz, más que una pregunta, sus palabras me parecieron una adivinanza. "Pues... no la considero demasiado difícil", respondí yo, dispuesto a no dejarme humillar. "Pero ¿sabes o no sabes?". Ante su insistencia articulé un movimiento de hombros y cabeza, un gesto incalificable, que logró acrecentar su desprecio. "¿Hablas inglés?". "Si me empeño...". "¿Qué quieres decir?" "Pues que si me lo propusiera..." "En fin —protestó— ahora no hay nada, pero se te hará una ficha". Llamó entonces a uno de sus empleados y, sin la menor dilación, se abrió la puerta para dejar paso, no a la persona solicitada, sino a la desvencijada figura del viejo callejero. Había entrado inocentemente, avanzando hasta el centro de la habitación. Allí se detuvo y me dedicó una inoportuna risita de júbilo, como si pretendiera congratularse con mi fracaso. Ante un individuo así, impertinente, osado, fuera de cualquier regla de juego, nada más lógico que una reacción brusca y despectiva. Mientras el director, indignado, trataba de expulsarle, yo me mantenía a distancia, indiferente, disimulando nuestro reciente trato. Ni siquiera intervine cuando le agarró con violencia por un brazo, lastimándole, para conducirle hasta la salida. Tampoco me sumé, como hubiera sido lo natural, a los comentarios del oficinista en cuyas manos me dejó el Sr. Núñez. Sin llegar a darme más pistas sobre el posible trabajo, sin dejarme entrever ni la menor esperanza de conseguirlo, sin despedirse siquiera, me abandonó precipitadamente, dispuesto a recuperar el tiempo perdido entre mi visita y la del intruso. No es difícil comprender que, viéndome en el trance de rellenar una ficha en esas condiciones y convencido de su ineficacia para justipreciar mis capacidades, cayera en un hondo abatimiento.

De nuevo en la calle, no me extrañó descubrir al viejo esperándome con una inexplicable sonrisa de satisfacción, casi de regocijo. No le reprendí, ni le exigí que justificara su comportamiento. No le dije nada. Me abandoné a la deriva, conducido por él, ignorando que ahora había tomado un rumbo fijo. Supe que nos hallábamos en su territorio cuando, al entrar en un bar, siguiendo siempre su iniciativa, un camarero le saludó, llamándole por su nombre: Simón. Y, no obstante haberle advertido sobre mi imposibilidad de pagar, pidió con entusiasmo una botella de buen vino y dos vasos. Inmediatamente, antes incluso de empezar a beber, quiso abonar el importe. De un bolsillo de su chaqueta extrajo una cartera de piel desgastada y, ante mi estupor, la hizo bailar entre sus dedos hasta dejarla abierta en mis manos. Contenía una considerable cantidad de dinero. Se la devolví enseguida, desconcertado, incapaz de admitir que mi compañero, por llamarle de alguna manera, había sido el artífice, él solo, de tan importante hurto. Y, mientras barajaba con su habilidad de malabar, el resto del botín: unos pocos papeles y algunos documentos, se me apareció fugazmente el rostro severo del Sr. Núñez, enmarcado en una pequeña fotografía. De golpe, aunque por breves instantes, me alarmé. Si éste no disponía de otras referencias sobre mi persona que las que hubiera podido recibir de mi cuñado, estaba perdido. Por fuerza haría recaer sobre mí toda la culpabilidad. Claro que este mal presagio se desvaneció muy pronto. Pues ¿acaso no resultaba a todas luces evidente que el sospechoso era el otro, el viejo pordiosero que había logrado colarse en su oficina con tanta desfachatez? Una vez tranquilizado, le di unas palmadas en la espalda a guisa de reconocimiento y ¿por qué no decirlo? también de admiración. No se puede negar que, dadas las circunstancias en que se produjo y conociendo, por otra parte, sus temores, semejante intrepidez exigía un talante heroico. Y así, aquella vida en ruina que, hasta entonces, me había sugerido su miserable figura, de súbito se me apareció transfigurada, como un paisaje desconocido, inquietante, incluso amenazador. Sin embargo cuando, algo más tarde, le oí murmurar de nuevo: "¡Nada, no hay nada!", mientras hurgaba en la cesta de una vendedora de tabaco, le zarandeé impaciente y le hablé como a un loco: "¡Dígame qué está buscando, hombre, yo puedo ayudarle!". Nos hallábamos en un pasadizo subterráneo, un paso de peatones que conducía, además, a las taquillas de metro. Le había seguido hasta allí sólo por inercia, porque no pensaba asistir más a la comida en casa de mi hermana, porque no tenía, en aquellos instantes, un punto de atractivo al que dirigirme. No sé por qué, me sentía con derecho a sonsacarle. Pero en aquel trance no se mostraba receptivo a ninguna pregunta. Tal vez ni siquiera me había escuchado. Y tampoco parecía dispuesto a desvelar a nadie el secreto de su extravagancia.

Finalmente, la vendedora, que por su tolerancia podría ser una antigua conocida, perdió la paciencia: "¡Bueno, ya está bien!". "¡Mirá cómo me están poniendo todo!". Simón soltó malhumorado una caja de cerillas y nos dio la espalda. Ignorándonos a ambos, cruzó la multitud de peatones con dificultades, abriéndose paso en dirección perpendicular a la de ellos. Le observó mientras se alejaba, flotando entre los transeúntes, como una forma sólo ligeramente humana, como un simulacro de hombre, como si su búsqueda imposible, entre desechos y objetos insignificantes, no fuera más que un puro desmoronamiento convertido en acción, una manera activa de disparatar. "¡Otro!", exclamó la vendedora de tabaco mirándome a mí, no con desprecio sino con un deje de lástima y de conmiseración tal que me hizo sentir frío. Su "otro" me reflejaba, como un espejo resquebrajado, una imagen mía descompuesta e irreconocible, pero tremendamente familiar a un tiempo. "Una cosa que le dé la suerte. Eso es lo que busca", me aclaró la vendedora arrugando la nariz en una mueca de desprecio, molesta conmigo, como si pensara que yo le había obligado a decir una tontería. Tenía el pelo canoso y rizado en una permanente pasada de moda. Mientras se arreglaba el peinado, ajustándose bien las horquillas, me dijo en son de burla que también yo podría encontrar la cosa, sí, la cosa que me daría suerte y cambiaría mi vida. Sólo tenía que estar atento, hurgar en todas partes, incluso en los lugares más insólitos, incluso en los más repugnantes. Hablaba con tal desprecio que, de haberla escuchado en otras circunstancias, me habría pronunciado en defensa del viejo, habría improvisado algún gesto de solidaridad con él. Pero en aquel preciso instante sus palabras sólo me inspiraron un pesado aburrimiento. Alcé mi voz bruscamente, por encima de la suya, decidido a hacerla callar. No me faltaba más que enredarme en una conversación tan insensata. En aquel momento pude haberme marchado, salir al exterior y reintegrarme al ritmo natural de mis días. Pero no lo hice. Me dispuse a buscar a Simón con el propósito de despedirme una vez más. No tardé mucho en encontrarle. Se había acomodado en el suelo, junto a un hombre pulcro y maduro que informaba de su miseria por escrito, con letras mayúsculas, en un cartón que le colgaba del cuello. Me detuve a su lado, mirándole desde arriba y separado de él por una línea imaginaria pero perfectamente definida. Allí estaba el viejo, entonando una canción inclasificable, una suerte de quejido, tal vez un torpe simulacro de saeta. Había extendido ante sí una cartulina con varias estampas pegadas. Todas eran de la virgen de Triana. Rocé con mi pie, suavemente, el bolsillo de su chaqueta, abultado por la cartera recién adquirida. "¿No te basta con esa suerte?", le pregunté tuteándolo, sin pensarlo, por vez primera. "Eso es otra cosa", me respondió distraído, con indiferencia. Entonces me dejé deslizar por la pared, poco a poco, hacia abajo, doblando las rodillas hasta caer a su lado, en aquel suelo de asfalto, inaccesible para mí sólo unos segundos antes. Fue como si hubiera resbalado en el límite mismo de lo que siempre había considerado la normalidad. Y sentí que el mundo entero se desplomaba allá arriba, desvaneciéndose en mi cabeza, dentro de ella. Durante breves minutos, fugaces e irrepetibles, me entregué a un descanso impensable. Una moneda vino rodando hasta mis rodillas. Nadie la reclamó.



MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

22. El secreto de la Banda del Ciempiés

La historia aquí narrada se basa en una compleja investigación de documentos y recortes de periódicos, y en entrevistas personales o por correspondencia con gente que tuvo alguna relación con los hechos. Muchos datos me fueron aportados directamente por Jonathan Morris, el monje budista. A la sazón, él se encontraba alejado del periodismo y manejaba una extraña oficina de negocios; había adoptado la identidad de un español, y se había radicado en un país latinoamericano. Hablaba un idioma español perfecto, con leve acento madrileño. Paralelamente a su indefinida actividad comercial, llevaba adelante su misión religiosa y, a través de los años, había formado un número importante de discípulos. Cuando lo conocí, Jonathan Morris era ya un hombre de edad muy avanzada; sin embargo, sus movimientos eran ágiles y sus ojos, de mirada serena aunque penetrante, parecían ajenos al paso del tiempo. Una vez que completé estos apuntes, fui a visitarlo.

—Está bien —dijo, cuando terminé de leérselos.

—No estoy tan seguro —dije yo—. Mira, es posible que el lector deje pasar el hecho de que no se dice más nada de Angus y Betty; que se conforme con la incertidumbre acerca del pasado y del futuro de Molly, la pequeña vendedora de violetas; y lo mismo con todos los otros cabos sueltos de la historia, los que evidentemente se han perdido en la confusión de la guerra y de las sucesivas revoluciones. Pero lo que el lector no podrá perdonar jamás, es el hecho de que no se diga una sola palabra del enigma de la Banda del Ciempiés, ni de esa otra Organización criminal más vasta y todopoderosa. No sabemos quiénes eran, ni cuál era la intención de aquel ridículo muñeco, ni el porqué de esas agresiones tan salvajes y tan gratuitas a la sociedad.

—Es cierto —confesó Jonathan. Tras una breve reflexión, sus ojos brillaron con malicia—. Podrías decir que se trata de un símbolo —agregó.

—Mira, Jonathan —dije, pacientemente—. Me consta que tú sabes mucho, muchísimo más de lo que dices.

—Es posible —admitió—. Pero, ¿qué te hace pensar que me hace bien saber lo que sé, y que al lector también le haría bien saberlo?

—Eso no me importa —respondí, con cierta irritación—. Para un escritor sólo cuenta la salud de su relato, no la de los lectores.

—Entonces debes fabricar un final literario. Después de todo, ¿qué es eso que llaman "la realidad de los hechos"?

—Oh, conozco tu filosofía. Pero un trabajo basado en la investigación no debe concluirse con un parche postizo. Mientras escribía —agregué, después de una pausa—, se me ocurrió una hipótesis, que barajé todo el tiempo como algo posible, y no hubo ningún hecho que la desmintiera; se me ocurrió que la Banda del Ciempiés había sido creada sólo como una fuente de noticias para los diarios. Que detrás de la Banda no había otra cosa que el dueño de un periódico, o una sociedad de dueños de periódicos; fíjate cómo éstos multiplicaron sus ventas desde la aparición de la Banda —los ojos de Jonathan Morris se habían ido estrechando hasta recuperar lo que debió ser su primitiva naturaleza oriental; y a través de las ranuras entre los párpados fulguraron algunas lucecitas.

—Allí tienes algo —dijo, al fin—. Te diré, es la mejor teoría que he escuchado jamás acerca de la Banda. Seguramente, allí tienes algo.

—¿De modo que es eso? —exclamé, con entusiasmo.

Morris encendió uno de los escasos cigarrillos que se permitía, aunque no los fumaba, después de la pitada inicial solía mantenerlos entre los dedos de una mano sin parecer volver a recordarlos. Me miró en silencio durante un largo minuto. Su rostro se había vuelto inescrutable.

—No —dijo, entonces—. Es la mejor teoría que he escuchado, pero está tan lejos de la verdad como todas las otras.

Y, sobre este tema, nunca pude sacarle una palabra más.

(Fin de "La Banda del Ciempiés". Versión condensada y seriada por el autor, especialmente para Página/12, de la novela inédita del mismo nombre. © Mario Levrero, 1989.)



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Herencias

Momentos antes de morir, cinco acaudalados empresarios describieron en sus testamentos la distribución de sus fortunas. Descubra quién es el heredero de cada uno, qué bienes le fueron legados y a cuánto se cotizan.

1. El Sr. Riquitti fue el que menos fortuna dejó.
2. La Sra. Cuervex no heredó las acciones ni las casas.
3. Las alhajas se cotizan $8.000.000. No las heredó el Sr. Rapiñez y no las legó el Sr. Millotto.
4. El Sr. Saquetti heredó los barcos, que no fueron legados por Rupiez ni por Millotto.
5. La Sra. Cuervex recibió los bienes valuados en $9.000.000 pero no de parte del Sr. Money.
6. Los barcos se cotizan más que las acciones.
7. El Sr. Money legó o las acciones o los automóviles a una mujer.
8. Los bienes que heredó Pillanky los disfrutará con su esposa.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		HEREDERO					BIENES					SE COTIZAN				
		Cuervex	Hurtzov	Pillanky	Rapiñez	Saquetti	Acciones	Alhajas	Automóviles	Barcos	Casas	$ 5.000.000	$ 6.000.000	$ 7.000.000	$ 8.000.000	$ 9.000.000
EMPRESARIO	Hacendek															
	Millotto															
	Money															
	Riquitti															
	Rupiez															
SE COTIZAN	$ 5.000.000															
	$ 6.000.000															
	$ 7.000.000															
	$ 8.000.000															
	$ 9.000.000															
BIENES	Acciones															
	Alhajas															
	Automóviles															
	Barcos															
	Casas															

EMPRESARIO	HEREDERO	BIENES	SE COTIZAN

SOPA A LA CARRERA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

AMBULANCIA
BANDERAS
CASCOS
CRONOMETRO
FOTOGRAFOS
GUANTES
MECANICOS
META
MOTORES
PERIODISTAS
PILOTOS
PISTAS
PUBLICIDAD
RECORD
SALIDA
SEÑALES
TRIBUNAS
VALLAS
VELOCIDAD

C	A	S	C	A	I	C	N	A	L	U	B	M	A
S	O	C	I	N	A	C	E	M	O	S	A	E	D
P	B	A	N	S	N	E	T	A	L	M	N	T	A
E	A	S	C	O	C	H	E	S	A	O	D	A	D
R	N	O	V	R	H	G	U	A	N	T	E	S	I
I	S	M	A	T	O	R	R	A	L	O	R	S	C
O	C	S	L	D	S	N	I	N	S	R	A	O	I
D	A	A	L	O	I	S	O	E	K	E	S	T	L
I	R	N	A	R	F	L	Ñ	M	M	S	U	O	B
S	G	U	S	Z	E	A	A	L	E	A	R	L	U
T	O	B	P	A	L	C	M	S	A	T	S	I	P
A	T	I	O	E	S	A	O	M	E	T	R	P	N
S	O	R	S	S	O	F	A	R	G	O	T	O	F
I	F	T	V	E	L	O	C	I	D	A	D	S	O

SOLUCIONES

SOLUCION ANTIGÜEDADES

**Carlos, Moneda, 240, "Antique".
Daniel, Adorno, 190, "Los años locos".
Gastón, Libro, 205, "De antes".
Héctor, Joya, 225, "Siempre".
Pedro, Arma, 170, "Viejísimo".**

SOPA DESERTICA

O	C	Z	I	V	O	N	I	A	C	Z	I	V	L
G	A	D	E	A	R	A	B	I	A	R	A	B	I
I	O	D	A	R	O	L	O	C	B	A	N	K	B
B	T	L	O	A	R	A	K	A	R	O	O	A	I
A	A	U	H	N	U	B	I	A	L	L	G	L	O
R	K	O	L	N	A	I	L	R	I	A	O	A	G
A	L	I	L	I	K	I	I	B	A	M	B	H	V
S	A	H	A	R	A	S	L	S	K	A	T	A	I
N	M	U	K	A	R	A	K	A	I	C	O	R	C
B	A	K	I	A	Z	H	U	I	R	A	L	I	T
I	K	U	L	S	V	O	M	B	U	T	O	R	O
O	A	M	A	I	B	I	L	A	H	A	S	I	R
G	N	S	E	C	H	U	R	A	S	U	T	U	I
O	I	B	U	N	A	B	R	I	R	I	A	S	A